

que buena, aun cuando siempre por culpa de los políticos, y el sacerdocio extranjero, a quien lo que más interesa no es la escuela argentina, sino la escuela confesional, el buen ciudadano tiene indicado su rumbo.

Los políticos, dije, y vaya una anécdota que referí la otra noche en una reunión de maestros.

Trataba yo de conseguir en 1905 que se aumentara y uniformara la renta de las cátedras fijándola en doscientos pesos—durante cerca de veinte años había sido de ciento treinta,—así como que se autorizara la acumulación hasta de cinco cátedras. El presidente Quintana y el ministro González habían aceptado la iniciativa, pero ello no prosperó en el congreso, donde sólo se votó un aumento de cincuenta pesos por cátedra. Y ello a virtud de esta razón: que si tal pasaba, habría en las provincias cate-dráticos mejor rentados que la generalidad de los ministros, y aun que algunos gobernadores, con lo cual sería imposible contenerlos. Esta fórmula, mal disimulaba, por cierto, el miedo a la independencia del hombre inteligente, la baja envidia, que es peste endémica en todo parlamento, el dominio de las escuelas con propósitos políticos y bajo amenaza de hambre. El político y el cura: he ahí los enemigos de la escuela normal. Tienen razón. La escuela normal como toda casa donde se enseña a enseñar la verdad demostrada y el uso libre de la razón, comporta un peligro para los agentes de la obediencia. «No se puede gobernar sin el cura», me decía una vez cierto viejo zorro de mi pago. Ya lo creo. No se puede gobernar sin dogma, porque el principio de autoridad es de tal modo vejatorio para la dignidad humana, y violento, que no le basta la tiranía material servida por esos aparatos formidables llamados policía, ejército, justicia: debe recurrir, todavía, a la opresión moral e imponerse embruteciendo.

La escuela moderna, que para bien nuestro existe ya en algunos puntos del país y ello por mano de normalista, suprime de sus métodos la obediencia. Es así el esbozo de la sociedad futura torpemente preludiada por nuestras democracias laicas: aquella sociedad cuyo advenimiento esperamos, precisamente en razón de que está fracasando la civilización fundada sobre el dogma de obediencia. La espantosa catástrofe a que asistimos define el resultado de aquella dos veces milenaria civilización cristiana en cuyo nombre se predica la escuela con Dios. ¿Para qué? ¿Para eso?...

Veinte siglos bastan a la naturaleza para transformar una especie. El dios de los cristianos, el dios de paz, no ha podido en ese tiempo suprimir la gue-

rra. Todo lo contrario. La civilización fundada en su nombre sucumbe en el más vasto mar de sangre que jamás haya cubierto la tierra. Imposible, pues, tachar de impacientes a los que quieren ensayar otra cosa. Los dioses y los amos nos han enseñado que la autoridad política es necesaria para conservar el orden a cuyo amparo prospera la sociedad, garantizar la propiedad, asegurar la vida. Ya se ve cómo lo entienden cuando les place. Un año de guerra causa más desorden, más iniquidad, más pérdidas de vidas y haciendas que las plagas naturales y sociales de un siglo. Obedecer y resignarse durante dos mil años para llegar a este fin, es, me parece, el colmo del desencanto.

La escuela laica representa, pues, una esperanza suprema, y hemos de defenderla sin Dios, mientras llega la hora de establecerla sin amo. Que también un día suprimiremos esa im-bécil crueldad de oprimir niños en nombre de un orden constituido para

esclavos. La libertad del niño es un encanto que la tierra necesita recobrar. El dogma feroz ha de caer ante ella como se derrumba el castillo de sombra y de hielo del invierno al aletazo de la golondrina primaveral. Estos propósitos son demasiado bellos para que los interesados en su realización descuidemos al maestro. Van en ello los intereses concordados de la libertad y de la patria; y para que otros menos grandes no puedan viciarlos, defendemos el espíritu magistral contra todas las sectas—blancas o coloradas, teológicas o ateas. Por otra parte y este es ya un resultado apreciable de la catástrofe europea, todas las sectas han muerto moralmente, al traicionar cada una su propio credo; de tal suerte, que bastó un trompetazo para que, de un día a otro, mostraran la misma hilacha los monarcas del derecho divino y los amos del sufragio universal...

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

## La Universidad Centroamericana...

(Viene de la página 145).

tics de número. Constitúyase de esta suerte u otra semejante, el cuerpo de profesores de la benemérita empresa. La población escolar se integraría con los jóvenes de estas nacionalidades que forman ya, a Dios gracias, la clientela más importante de la Universidad Nacional y con el contingente que prestarían de fijo los jóvenes mexicanos y las juventudes de los pueblos del sur.

Creada el «Alma Mater», habríase dado el primer paso serio hacia la realización de la comunidad espiritual centroamericana. El tiempo, al transcurrir, la perfeccionaría y difundiría en la vida nacional de México, primero, y, más tarde, por los países del sur. Su triunfo definitivo se conseguiría sin mucho esfuerzo porque su origen radica en una necesidad palmaria.

Hoy, las razas no son resúmenes de caracteres anatómicos; no se basan en el color de la piel, la forma de la cabeza, el ángulo facial o nasal y la sección del cabello observada al microscopio; sino en la comunidad espiritual; en los caracteres diferenciales psíquicos de grupo a grupo humano. Por esto constituimos una raza aparte los mestizos ibero-americanos; por esto, también, nos solidarizamos fatalmente, a través de Portugal y España, con la cultura y la civilización latinas. El lenguaje, la religión y las costumbres nos suman al gran conjunto de pueblos que Roma instituyó, y que sostiene el prestigio del nombre latino en la historia.

Necio sería pretender oponerse a la obra multánime de las gentes. La conciencia que abrigamos de la especie nos une a lo que es como nosotros y nos aparta automáticamente de lo que diferente se muestra. Por más que nuestras relaciones mercantiles sean estrechísimas y constantes con los Estados Unidos, la raza, la conciencia de la especie, nos apartará del pueblo yanqui y nos unirá con guatemaltecos, costarricenses y salvadoreños. No en balde se habla secularmente la misma lengua, se tiene los mismos usos y costumbres y se adora al mismo Dios. Por el norte, nunca nos asimilaremos; será preciso que nos descasten a todos y que nuestros hijos o nuestros nietos olviden el castellano y se labren, por medio de un idioma próximo pariente del inglés, una alma lejana.

En cambio, por el sur, la cultura es la propia; igual el alma. La humanidad, inconscientemente, trabajó por anticipado, borrando las fronteras políticas con sus grandes y profundas razones históricas, que en un tiempo las crearon. Pero aquí no se trata de política, sino de civilización. Estamos, como diría Renán, «a mil leguas de la política». O quizá sea mejor declarar que emprendemos la única política verdadera, la sola inmaculada, que integrará nuestra *Ciudad del Porvenir*: la política centroamericana precursora de la Anficiónía Ibero-americana.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)